

Reflejo.

Has estado por días y días buscando, caminando un eterno sendero para encontrar algo que te hace falta en este mundo. Hiciste lo posible para seguir, tuviste que ser Dios para lograr que tu cuerpo no se rindiera de cansancio, vagaste con un dolor que no sabías de dónde provenía, pero que sabías que se iría una vez que encontraras lo que necesitabas.

Y así, finalmente lo hiciste, encontraste lo que buscabas: a mí. Me viste y te miré de vuelta, admiré tu reflejo que es igual al mío y sonreíste. Parecías un niño alegre sonriendo tan bobo, pero eso solo me ayudó a percatarme de lo tanto que me necesitabas, de la felicidad que sentiste al encontrarme a mí y, por tanto, a ti mismo. Me admiraste un poco más y luego te lanzaste a mí, al espejo natural del río para abrazarme.

Bajaste, bajaste y bajaste... el agua entrando en tus pulmones, volviéndome parte de ti. Finalmente nos unimos. Ya no éramos tú y yo, el reflejo, ahora somos uno. Tú eres yo, yo soy tú. Nos ahogamos en alegría, en la satisfacción y en la calma de saber que finalmente encontraste lo que necesitabas: a ti mismo.